J. Mor de Fuentes

La Calavera

EL CALAVERA,

COMEDIA

POR

DON JOSÉ MOR DE FUENTES.

MADRID Y CANO.

1800.

PERSONAS.

D. RODRIGO, ahijado de
D. CLEMENTE, padre de
D. LEANDRO.
D. GONZALO, amante de
DOÑA INÉS.
DOÑA NARCISA.

EL CALAVERA.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

D. CLEMENTE y INÉS.

INÉS.

¿Para qué mas desengaños?
Por cierto que Usted debiera,
Dias hace, haber tomado
Una seria providencia,
Y alejarlo para siempre;
En vez de darle la mesa,
Dejándolo que entre, salga,
Y disponga qual si fuera
De casa.

D. CLEMENTE.

¿Hablas de Rodrigo?

INÉS.

De ese mismo, que no cesa
De jugar, de armar embrollos,
De andar contrayendo deudas,
Mas y mas por cada dia;
Como que es un calavera
Rematado.

a 2
714551

D. CLEMENTE.

Inés, no siempre
Me hablaste de esa manera
Acerca de él.

INÉS.

Lo confieso;
Su alegría, su viveza,
Y el conjunto de sus gracias,
Pues las tiene ¿quién lo niega?
Deslumbrada me trajéron
Algun tiempo; pero apénas
Desperté desengañada
De aquella ilusion primera,
Convertí en odio...

D. CLEMENTE.

Muy lindo;
Discurres como discreta;
¿Con qué á fuer de tus afectos
Cerraré, abriré mi puerta
A quien á tí te acomode,
Y el que medien mis promesas
En contrario, no es asunto
Que deba entrar en tu cuenta?

INÉS.

¡Ah Tio! ¿si tal soñase
Habria muger mas necia,
Y mas ingrata que yo?
Pues ¿de mis bienes qué fuera?
¿Y qué fuera de mí misma,

RBC NcU

Sin tan dichosa tutela,
Y ese paternal desvelo
Con que Usted la desempeña,
Desde el punto en que á sus brazos
Vine huerfanilla tierna?
Solo pido que Usted haga
Por que Rodrigo se vuelva
Allá á Murcia con sus Padres,
O se vaya donde quiera.
El á mi primo Leandro
Pervierte, y no sé qué intenta
Hacer de mí, pues me viene
Con mil estrañas propuestas
De salir con él. Su empeño
Constante es sacarme fuera
De casa, y conmigo trae
Alguna dañada idea.

D. CLEMENTE.

¡Aprensiones de mugeres!
Pero en fin, si hay contingencia
En salir, estate en casa;
Que el no hospedarlo yo en ella
Fué solo por tu decoro.
Harto es esto, no pretendas
Que en despecho de su Padre
Yo lo arroje, y que se vuelva
A los amores de Murcia...

INÉS.

Si por amores lo alejan,

Que lo echen de pueblo en pueblo
Al estremo de la tierra.
El tuvo empeños en Burgos,
En Zaragoza, en Valencia... *suspira.*

ESCENA II.

LEANDRO y DICHOS.

D. CLEMENTE.

¿Qué tendrá ese último pueblo
Que te causa tal terneza
Tan solo el nombrarlo?

LEANDRO.

Padre,
¿Qué mucho, si está en Valencia
El Don Gonzalo de marras? *á Inés.*
De quien tengo algunas nuevas
Que tú ignoras.

INÉS.

¿Quáles son?
Dímelo, que ni una letra
He visto de él en un siglo.
¡Otras fuéron sus promesas!
Por fin hombre... ¿Mas qué hablo?..
Bien se vé que soy ingenua.

D. CLEMENTE.

¿Muger ingenua en amores?
Edad dichosa la nuestra

En que vino el ave Fénix.

INÉS.

Dígame Usted quanto quiera,
Que es dueño; pero, Leandro,
¿Lo que sabes no me cuentas
De Don Gonzalo?

LEANDRO.

Otra vez
Será, porque estoy de priesa.
¿Cómo no vino Narcisa?

INÉS.

No lo sé ¿tanto deseas
El verla?

LEANDRO.

Como quedaste
En recibirla hoy...

INÉS.

En ella
La culpa está, si no viene.

LEANDRO.

Estraño tanta pereza.
Pero iré en un instantillo
A decirle que la esperas. *Vase.*

ESCENA III.

D. CLEMENTE y INÉS.

D. CLEMENTE.

Inés, bien sabes que nunca

He entrado contigo en cuentas
De visitas con Señoras;
Y lo hago así por sistema,
Porque en esto de cumplidos
Siempre estais mas bien impuestas
Las mugeres (y no es mucho
Pues no aprendeis otra ciencia)
Y los hombres al contrario
Cometemos mil torpezas;
Pero en la ocasion presente
Haré escepcion á la regla,
Pidiéndote con instancia
Me digas, qué dama es esa
Narcisa, por quien Leandro
Con semejante impaciencia
Va y viene.

INÉS.

Tio, eso mismo
Queria que Usted supiera,
Y ya se me iba olvidando.
¡Como tengo esta cabeza!
Es Narcisa una viudita
Que se mantiene muy fresca;
Quedó sin hijos, y creo
Que poco ú nada le pesa,
Pues goza así á sus anchuras
De una razonable herencia
Que le cupo, no sé donde.
A toda hora baila, juega,

Y en pos de sus diversiones
Anda al dia muchas leguas;
Por lo demas, caprichuda,
Lo que ansiaba al punto deja;
Desdeña al galan que la ama,
Y busca al que la desprecia.

D. CLEMENTE.

El retrato que á Narcisa
Apropias, creo que apenas
Habrá muger en el mundo
A quien de molde no venga.
Pero tú en sus circunstancias
Estás por menor impuesta.

INÉS.

Halléme en una visita
Por casualidad con ella,
Y otra que estaba á mi lado
Me informó de sus proezas.
Además, este Leandro,
Que tiene una alma tan bella,
Me ha referido por puntos
La pasion que la profesa,
Los medios de que se vale
Rodrigo para vencerla
A que el amor que le tiene
Hácia Leandro lo vuelva;
Y en fin que para sus miras
Como instrumento la emplea.

D. CLEMENTE.

Claro es que un hombre de mundo
Que trata una mugerzuela
La lleva y trae á su antojo,
Qual si fuera una muñeca.

INÉS.

Pues para poner en salvo
Nuestra ordinaria flaqueza,
Será lo mas acertado
Negarme á toda propuesta
En que ande ese hombre, aunque traiga
Visos de pura inocencia,
No sea que sin recurso
En sus ardides me envuelva...
Pero gozoso Leandro
Con su Narcisa ya llega.
La habrá encontrado en la calle,
Pues tan pronto dió la vuelta.

D. CLEMENTE.

Me voy.

INÉS.

No Tio, que ahora
Necesito su presencia.

D. CLEMENTE.

Escúsame esa descarga
De cumplimientos y harengas
Que echais delante. Hasta luego.

INÉS.

¿Con qué al fin Usted me deja?

ESCENA IV.

INÉS, NARCISA y LEANDRO.

NARCISA.

Aunque supongo, Señora,
Que Usted habrá recibido
Un recado de mi parte
Por boca de Don Rodrigo,
Para honrarme en la funcion
Que doy en mi casa hoy mismo...

INÉS.

En efecto esta mañana
Alguna cosa me dijo.

NARCISA.

Estando llena de priesas
Con tantos preparativos
Que son siempre indispensables,
Como de paso, he venido
A instar yo misma, esperando
Con tan plausible principio
Entablar esta amistad
Que con ansia solicito,
En virtud de las noticias
Que me ha dado el susodicho...

INÉS.

Yo no freqüento funciones,
Porque dependo de un Tio
Muy retirado.

NARCISA.

¿Es posible,
Y mediando Don Rodrigo?

INÉS.

Tal vez para no asistir
Será ese un nuevo motivo.

NARCISA.

Seguramente no es eso
Lo que á mí me tiené dicho.

INÉS.

No lo dudo, en todas partes
Quiere aparentar dominio.

NARCISA.

Creí grangearme una Amiga;
Se aguó en todo mi designio.

INÉS.

El designio es de algun otro.

NARCISA.

¿De quién?

INÉS.

Ocioso es decirlo.

NARCISA.

Yo no entiendo estos misterios,

INÉS.

Yo los doy por entendidos.

NARCISA.

Invoco la mediacion
De Don Leandro por primo.

LEANDRO.

Si Inés quisiera ceder,
Lo agradeciera infinito.

INÉS.

Déxate, que en ello hay riesgos
Que tu corazon sencillo
No prevee.

NARCISA á Leandro.

Quien esto aguanta
Ha de tener por destino
Hacer segundo papel,
Y aun otro mas deslucido.

INÉS á D. Clemente que sale.

En fin resuelva el que en todo
Dispone de mi albedrio.

ESCENA V.

D. CLEMENTE, RODRIGO y DICHOS.

RODRIGO.

Viendo Inés que sus placeres
Procuro con tanto ahinco;
¡Cómo me dará las gracias!
Y yo ansioso las recibo.

NARCISA.

De nada sirven favores
Para un pecho empedernido.

RODRIGO.

Yo sé que los agradece.

NARCISA.

Pues yo formé otro juicio;
Será por disimular
El no querer admitirlos.

RODRIGO.

¿Es posible, Inés?..

INÉS.

Y tanto.

RODRIGO.

¿Se verá tal desatino?

INÉS.

Yo por cordura lo tengo.

RODRIGO.

La receta del capricho
Es hoy encierro y tristura.
Ya se mudará este signo,
Y entónces... lo que mas siento,
Es que privas á tu Tio
De un rato de diversion.

INÉS.

¿A mi Tio? ¡qué delirio!
Es muy formal; y ¡ojalá
Que lo fuese mas contigo!

RODRIGO.

¿Y por qué causa?

INÉS.

Por muchas;
Y si me hubiese creido,
Meses hace trataria

Muy seriamente...

RODRIGO.

¡Qué lindo!
¿Con que te enfada que en meses
Tal qual vez se haya reido?
No es de genio tan adusto.

D. CLEMENTE.

No cierto, que soy amigo
De honestas recreaciones,
Y del jovial regocijo
Que acompaña á la inocencia;
Que en todo tiempo se ha visto
La maldad inveterada
Andar por lo mas sombrío,
Para fraguar á millares
Y á su salvo los delitos.

NARCISA á Rodrigo.

No fué en valde esta venida,
Pues nos valió un sermoncillo.

RODRIGO.

Vendrá al fin, que D. Clemente
Está de nuestro partido.

D. CLEMENTE.

Inés lo repugna tanto;...
Ella tendrá sus motivos.

INÉS.

Siento en el alma que sea
El negarme tan preciso.

NARCISA.

¿Esperamos mas desaires,
O qué hacemos?

RODRIGO.

Ya nada, irnos;
Y dejar á Inés que logre
Coronar el sacrificio
Que hace al que se halla en Valencia
Ante otras aras rendido.
Despues nos vendrá con ruegos.

NARCISA á Leandro.

¿Tiene allá algun amorío?

LEANDRO.

Sin duda es un D. Gonzalo,
Que debiera haber venido
Hace tiempo, y se detiene
Por algun nuevo empeñillo.

RODRIGO.

¡Cómo deseo que llegue!
Es un mozo peregrino;
Mas con el agua de chufas
Que allí á pasto habrá bebido,
¡Qué cabeza tan deshecha
Va á traer el pobrecillo!

Retírase Inés; y Leandro va á salir con Rodrigo y Narcisa.

ESCENA VI.

D. CLEMENTE y LEANDRO.

D. CLEMENTE.

Oye, Leandro; un momento
Aquí conmigo te queda.
Sácame de confusiones;
¿Qué Doña Narcisa es esta?
¿Qué interés trae contigo,
Con Inés, ó con quien sea?

LEANDRO.

Padre, esta es una Señora,
A quien tengo por honesta;
A lo ménos por mi parte
Nada impropio he visto en ella.

D. CLEMENTE.

No sea de las que hay
Aquí en Madrid á docenas,
Que á los incautos parecen
Virtuosas siendo perversas.

LEANDRO.

Rodrigo, que la conoce
Muy bien, como que frequenta
Su casa, hace largo tiempo,
No me dió tan mala idea.

D. CLEMENTE.

¿Y qué interés tiene Rodrigo
En que se entable esa estrecha

Intimidad con Inés?

LEANDRO.

Ningun otro, que yo sepa,
Mas que se traten y estimen
Dos personas de sus prendas,
Y así todos disfrutemos
Las ventajas que acarrea
Entre personas amables
La culta correspondencia.

D. CLEMENTE.

¿Con que Inés sin causa alguna
De ella tanto se recela?
Veo que eres inocente,
Y á la verdad no me pesa;
Pero con esa Señora
Hablar yo á solas quisiera,
Para tantear su interior.
¿No sabrás hacer que venga?
Supongo no habrá reparo,
Pues quien así á la ligera
Ha estado aquí ya una vez,
No será mucho que vuelva.

LEANDRO.

Ya voy; vendrá, no lo dudo.
¡Lo que celebro esa idea!
Usted verá, si la trata
Qué viva es, y qué discreta.
¡Qué preciosas aprensiones
Tiene! el oirla embelesa.

D. CLEMENTE.

Tú hablas como enamorado. *Vase.*

LEANDRO.

Me parece que no llega
Mi inclinacion á ese punto;
Pero voy en busca de ella.
Va á marcharse, y sale Inés.

ESCENA VII.

INÉS y LEANDRO.

INÉS.

Tú no sabes, primo mio,
Tú no sabes quan inquieta
Estoy desde que me has dicho,
Que tienes noticias ciertas
De Gonzalo.

LEANDRO.

Se reducen
A que está bueno en Valencia,
Y que viene.

INÉS.

Ay! ¿quando? dime...

LEANDRO.

No lo sé, ni me interesa;
Y á Dios que Padre me envia
Por Narcisa.

INÉS.

Oyeme, espera;
¿Cómo puedes ignorar
Del amor las impaciencias,
Amando tú? bien te holgara
De encontrar quien te dijera
Hasta qué punto mereces
La ansiada correspondencia
De Narcisa.

LEANDRO.

¿Tú lo sabes?

INÉS.

Tal vez saberlo pudiera
Con toda puntualidad;
Pero entretanto me cuenta,
De dónde, y cómo adquiriste
Las noticias que me espresas.

LEANDRO.

Rodrigo me las ha dado;
Yo no las tengo directas...

INÉS.

¿Cómo es eso? ¿por ventura
Gonzalo y él se cartean?

LEANDRO.

A mí tanto no me consta;
Pero no es mucho lo sepa
Rodrigo, si en todas partes
Tiene mil correspondencias.
A Dios, á Dios; mas despacio

Hablaremos á la vuelta.

INÉS.

¿Es posible que me dejes
Envuelta en dudas y penas?
Va á salir Leandro y lo detiene Rodrigo; á cuya vista se retira Inés.

ESCENA VIII.

RODRIGO y LEANDRO.

RODRIGO.

Alto allá, si eres mi Amigo.

LEANDRO.

¿Pues qué hay?

RODRIGO.

Mil frioleras
Que tratar. ¿Inés se marcha?
Me alegro de que me tema.
El desprecio aquí no cabe;
No importa que me aborrezca,
Porque está á mayor distancia
Del amor la indiferencia
Que el ódio mas implacable,
Pues las pasiones violentas
En sus estremos se tocan.

LEANDRO.

Con todo, dudo que venzas
Su aversion en ningun tiempo.

RODRIGO.

Ella á Narcisa siguiera...
O siga á alguna otra dama
Que ha de venir luego á verla;
Y en dejándola afianzada
Como traigo acá en la idéa,
A ver si se tiene á ménos
De agradecer mis finezas.

LEANDRO.

¿Y á qué fin viene ese empeño
De rendir á quien no cesas
De poner tachas y peros?

RODRIGO.

En verdad, si me interesa
Es tan solo porque tiene
Cierto aire de calavera.

LEANDRO.

¿Mi prima Inés? ¿Qué es lo que hablas?

RODRIGO.

La mismita que se muestra
En toda conversacion
Tan ajuiciada y compuesta;
Con las mansas ten cuidado,
A las demas no las temas.

LEANDRO.

¿Pero no he de conocer
A Inés, viviendo con ella?

RODRIGO.

Ah torpe, que tú no calas

Esas marañas y tretas
Que solapan las mugeres
Bajo una y otra cubierta.
Mas sea Inés lo que fuere,
¿No me vendria de perlas
Su caudal para acudir
A mis partidas y deudas?
Tú no ignoras que en el juego
Tengo ahora mala estrella,
Y de tahures el pueblo
Está hecho una colmena.
Además....

LEANDRO.

Padre me ha dicho
Llame á Narcisa.

RODRIGO.

¿Qué intenta?

LEANDRO.

Hacerle ciertas preguntas.

RODRIGO.

No has de poder dar con ella.

LEANDRO.

¿Qué? ¿No la hallaré en su casa?

RODRIGO.

Se marchó á una diligencia.

LEANDRO.

¿Pues tú dónde la dejaste?

RODRIGO.

En la calle.

LEANDRO.

Con franqueza
Me parece que la tratas

RODRIGO.

Como á todas.

LEANDRO.

Que te quieran
Haciéndolo así me admira.

RODRIGO.

Mucho mas de admirar fuera
Lo contrario ¿acatamientos
A una muger? ¡qué demencia!
Desprecios y mas desprecios,
Es la infalible receta
Para tenerlas rendidas.
A bien que tú mismo observas
Lo que pasa con Narcisa.
Mas ¿quieres que te la ceda?
¿Qué no haré yo por Leandro?
Allá va, carga con ella;
Y son tantos los traspasos
De este jâez, que en la carrera
De mis amores tengo hechos
Que ya he perdido la cuenta.

LEANDRO.

Lo aprecio, pero es preciso
Que Narcisa se convenga.

RODRIGO.

Yo ayudaré, y por tu parte

Amáñate como puedas.
Mas ahora dando tiempo
A que se fragüe una empresa
De la mayor importancia
Que traigo acá entre las cejas,
Has de ver palpablemente
Las repetidas finezas
Que he merecido á mis damas.

Empieza á sacar papeles.

LEANDRO.

Vaya, que tambien te cuestan
Tus gentiles sinsabores;
Y si no, el tiempo recuerda
Que estuviste en un castillo,
Y en reclusion harto estrecha.

RODRIGO.

¿Y qué? ¿tan mal se pasaba
En aquella fortaleza?
La hija del Ayudante,
Que cierto no es mala fembra,
Servia lo mas del tiempo
Para ahuyentar la tristeza.
Repasemos de corrida
Algunas correspondencias.
En esta cierto sugeto
Me dice que luego llega
A Madrid el Don Gonzalo;
Cosa que no me interesa.
A ver ahora las cartas

De mis pobres Dulcineas;
Ya son todas atrasadas,
Que esto jamas corre priesa;
Quanto mas tardo en abrirlas
Mas tardo en leer simplezas.

LEANDRO.

¿Las enseñas? ¿qué en tus tratos
Guardas tan poca reserva?

RODRIGO.

Lo primero, eres mi amigo;
Pero aunque nunca lo fueras
Usara igual confianza,
Y nada me importa sepan
Que en amor todo lo canto,
Pues yo de lograr á secas
Poquísimo caso haria,
Sin la dulce complacencia
De andarlo por áhi voceando.
De una Vizcaina es esta,
Muchacha sana y rolliza;
Veamos como se espresa: *lee*
»Despues de tiempo y de dias
»Tú creo que soy la que era
»Siempre misma, ya lo dije....
Anda al diablo que te entienda;
El castellano es perfecto,
Como que viene de Azpeitia.
A otra; á ver que me dice
Esta simple Aragonesa;

La quise por su figura,
Y sobre todo porque era
Tan dócil y convenible
Que servia de tercera
Por lo mas, con la esperanza
De alcanzar otras finezas.
Alguna vez se olvidaba
De lavarse con la priesa
De venirme á ver; pero esto
Es una tacha ligera. *lee*
»Habiendo visto que Usté
»Hace meses no se acuerda
»De escribirme, no queria
»Ser ahora la primera,
»Porque yo soy muy tozuda;
»Pero aquí todos me empentan...
¡Ay Dios! sin duda esta carta
La dictó una verdulera,
Pues el mas zafio estudiante
Menos tosca la pusiera.
»Y me dicen, que supuesto
»Doy muestras de mi flaqueza,
»Estará Usté á las resultas...
Esta infeliz devanea;
A bien que allí están las jaulas.
¿Y qué harán que no la encierran?
¡Venirme á mí con resultas!
¿Se dará tal desvergüenza?
Váyase muy noramala

La menguada Aragonesa.
A mi Jándala me atengo,
Que es una niña de perlas;
Verás qué cositas dice.
¡Jesus, qué líneas tan rectas!
Marchan por la diagonal;
¡Ay, si habrá táctica nueva
En el arte de escribir!
Pero escucha que ya empieza:
»Zeviya doz del codiente.
»Pod maz que todoz ze empeñan
»En decidme que tú tataz
»A otaz muchaz, me conzuela
»El penzad que no ez pozible
»Haya ota adguna, á quien quiedaz
»Como me quizizte á mí...
¡Qué presuncion tan discreta!
¿Soy yo para esclavizarme
A una sola mugerzuela?
Ya está visto que ellas son
A qual mas fátua y mas necia.
¿Y á tamañas vaciedades
Si esperarán mi respuesta?
Pues ea, en justo castigo
De tan absurda creencia,
Sus cartas disparatadas
Aquí á mis manos perezcan;
Sin que logren el obsequio
Que usé con mis Dulcineas

De ir empleando en cigarros
Sus papeles; fuera, fuera.
Las arroja hechas pedazos.

LEANDRO.

Se les lució su trabajo.
¡Ah pobres, si lo supieran!

RODRIGO.

Sépanlo, poco me importa;
Otra especie me atormenta.
Aquí traigo estas barajas,
Y pues nos hacen la guerra
Unos tahures tan diestros,
Preciso es saber sus tretas,
Y aun usarlas: probaremos.
Toma y vé qué carta es esa;
Dí ¿no es un as?

LEANDRO.

En efecto.

RODRIGO.

¿Y esta un tres?

LEANDRO.

Tambien lo aciertas.

RODRIGO.

Y lo acertaré mil veces.

LEANDRO.

¿Cómo lo haces?

RODRIGO.

Cosa es lega.
De tres ó quatro barajas

Iguales, pero que tengan
Cortadas estas pintillas
Por el pie, ó por la cabeza,
Por el medio ú por su tercio,
En fin por partes diversas,
Se hace una sola baraja
Con disimulo compuesta
De los puntos diferentes
Que acomodan al que juega;
De esta ases, de la otra cincos,
Reyes ó sotas de aquella;
Y ya ves tú la ventaja.

LEANDRO.

¿Pero quién podrá en conciencia
Embolsarse esa ganancia?

RODRIGO.

O buen Leandro ¿tú piensas
Que de conciencia se acuerden
Los tahures que desuellan
Por áhi á todo viviente? *Saca el relox.*
Pero vé, si te interesa
A llamar á tu Narcisa
Que yo iré á mis diligencias.

LEANDRO.

Si haré, que Padre sin duda
La espera con impaciencia.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

D. CLEMENTE y NARCISA.

D. CLEMENTE.

Señora, no estrañe Usted
El solícito desvelo,
Con que un Padre de familia,
Al interés atendiendo
De todos los individuos
Que están á su cargo puestos,
Saber por menor desea
Las circunstancias y obgeto
De qualquiera amistad nueva.
Pero entretanto agradezco
La prontitud y franqueza
Con que Usted aquí, á mi ruego,
Se digna venir.

NARCISA.

Confieso
Que hago en ello un sacrificio,
Segun fué el recibimiento
Que merecí á Doña Inés.

D. CLEMENTE.

Está llena de recelos.

NARCISA.

¿De qué especie?

D. CLEMENTE.

No lo sé.

NARCISA.

Pues yo lo sé mucho ménos.

D. CLEMENTE.

Sin duda es por ver á Usted
En trato bastante estrecho
Con Rodrigo, que anda siempre,
Segun dice, con misterios.

NARCISA.

No sé qué misterio habria
En lo que yo la he propuesto.
A mi casa unas Amigas
Convidé con el obgeto
De refrescar, y luego irnos
A un baylecillo; dispuestos
Teniamos ya los coches.

D. CLEMENTE.

No habia dicho Usted eso.

NARCISA.

Pues ni ahora lo diria,
Si hubiese el menor misterio;
Y en prueba de que no traigo
Designio alguno siniestro
Con Inés, ella debia,
Segun el repartimiento,
Ir con Rodrigo en un coche,

Con no sé qué Caballeros.
En el otro dos Señoras,
Leandro y yo...

D. CLEMENTE.

Ya lo entiendo;
Con que Usted á mi Leandro,
Que es un incauto mancebo,
Queria llevarse solo,
Con la mira de cogerlo...

NARCISA.

¿Cogerlo? ¡famosa presa!
Me ha gustado el pensamiento.
Sepa Usted, muy Señor mio,
Que en este asunto, el inquieto
Y el ansioso es Don Leandro;
Pues son tantos los estremos
Que por grangearse mi amor
Está de continuo haciendo,
Que fuera largo el contarlos.
Pero este sonrojo nuevo
Me está muy bien empleado;
Si yo nunca hubiese vuelto
A visitar esta casa,
Como tenia resuelto,
No fuera así.

D. CLEMENTE.

Pues Señora,
Aunque yo en el alma siento
Incomodar á las gentes

Que me honran, no puedo menos
De mostrarme cuidadoso...

NARCISA.

Y en verdad con fundamento.

D. CLEMENTE.

Como, preciándome tanto
De moderado y de atento,
Semejantes ironías
Aguantar de nadie puedo,
Es asunto de marcharme:
Inés, Leandro, aquí presto... *á Inés.*
Tú darás conversacion,
Ya que tienes mejor genio,
A esta Señora; ó si quiere,
Inconveniente no tengo
En que Leandro la acompañe
A su casa.

NARCISA.

Segun veo,
Se me concede por gracia
El tal acompañamiento.
¡Qué risa! ni para ahora
Ni para nunca lo quiero. *Vase.*

ESCENA II.

INÉS y LEANDRO.

INÉS.

Leandro, quedaste airoso
Con Doña Narcisa, obgeto
De tus ansias fervorosas.

LEANDRO.

Déjame, Inés; yo bien veo
Que la falta de esperiencia
Me hace incurrir en mil yerros;
Pero al ménos con tus burlas
No me aumentes mis tormentos.

INÉS.

Razon tienes; no mas chanzas,
Que tus males compadezco,
Bien así como quien otros
Tan crudos está sufriendo.
Solo sí, primo, quisiera
Que empleases tus obsequios
En otra que no tuviera
Esos enormes defectos.

LEANDRO.

¿Quáles son?

INÉS.

Bella pregunta.
¿Qué no los ves?

LEANDRO.

No por cierto.

INÉS.

¿Y lo que acaba de hacer?...
¿Lo has olvidado tan presto?

LEANDRO.

Ahora estaba enojada,
Pero en qualquier otro tiempo
Encuentro infinita gracia
En todos sus dichos y hechos.

INÉS.

¿La gracia te ha cautivado?
La gracia es siempre el estremo,
Donde se acoge el amante
Quando tachan á su dueño.
Y ahora que lo repaso,
Mi imprudencia desapruebo
En decir mal de Narcisa,
Que el zaherir al obgeto
De una pasion ya arraigada,
Es dar pábulo á su fuego,
En vez de hacer que se apague.
Yo por mí lo esperimento:
¡Quántas veces, como sabes,
De Gonzalo me dijéron,
Que era altivo, disparado
Y mudable como el viento!
¡Ah! lo último se confirma
Con su tan largo silencio...

Pero á pesar de esto, suena
Una voz acá en mi pecho,
Que entre afectuosos latidos
Sin cesar me está diciendo:
»No lo creas, no lo creas;
»Tu Gonzalo es siempre el mesmo.
Sin embargo, no me escribe...
¿Qué será?

LEANDRO.

Por fin bien presto
Saldrás de esa incertidumbre.

INÉS.

Siempre me hablas en bosquejo;
¿Si lo sabes con certeza,
A qué negarme el consuelo
Que yo, en verdad, te franqueara,
Si te hallases en mi puesto?

LEANDRO.

¿Y qué, no es harto decirte
Que lo esperes por momentos?
Alza los ojos.

INÉS.

¿Qué miro?
¿Es Gonzalo? no lo creo.

ESCENA III.

GONZALO y DICHOS.

LEANDRO.

¿Lo crees ahora?

INÉS.

Sí;
Es él mismo.

GONZALO.

¿Inés, mi dueño?...

INÉS.

¿Hace mucho que has venido?

GONZALO.

Si llego en este momento...
Dame los brazos, Leandro.

LEANDRO.

¡Gonzalo, quánto celebro!...

INÉS.

¿Pues cómo no has avisado?

GONZALO.

Al oir tal me desespero;
No he cesado de escribirte.

INÉS.

Pues yo todos los correos
Con gran cuidado tus cartas
He pedido.

GONZALO.

Así lo creo;

Y lo mismo me decias
En las tuyas que aquí tengo.
La causa de este estravío
Quiero apurar y no acierto;
Mas al irme, antes de todo,
Veré si recoger puedo
Mis cartas y convencerte.
Pero, Inés, al fin te veo,
Y oigo el metal de tu voz;
Sabe Dios el vivo anhelo
Con que he estado suspirando
Por este feliz momento.
Yo no sé lo que reparo...
Triste algun tanto te encuentro.

INÉS.

¿Y cómo quieres que esté,
Si he vivido tanto tiempo
Acosada de quebrantos,
Además del desconsuelo
De verme sin tus noticias?...
Las poquísimas escepto
Que Leandro se dignaba
Franquearme con mil rodeos.

GONZALO. vuelto á Leandro

¿Pues por donde las sabia?

INÉS.

Allá un Amigo que el Cielo
Nos deparó... No quisiera
Haber hecho este recuerdo.

GONZALO.

Una y mil veces gustoso
Empleára quanto tengo
En aclarar, si el conducto
Es el mismo que sospecho.

LEANDRO.

¿Para qué son las sospechas,
Quando no pondrá el sugeto
Reparo alguno en mostrar
Sus cartas, á lo que entiendo?
Pero en fin de aquesta duda
Podemos salir bien presto. *Vase.*

ESCENA IV.

INÉS y GONZALO.

INÉS.

Gonzalo, alguna noticia
Te dí, si mal no me acuerdo,
De un Don Rodrigo que vino
Recomendado...

GONZALO.

En efecto
Me hablaste; y con cierto estudio
Que me infundió algun recelo.
Ahora mismo, Inés mia,
Con sencillez te confieso,
Que mi amor se pone al arma

Al ver tu oficioso esmero
En sincerarte.

INÉS.

Paciencia.
¡Ay mi Dios! ¿es este el premio
Que alcanza con descubrirse
Todo corazon ingenuo?
Oyeme, y luego interpreta
Como te esté mas á cuento.
Este Rodrigo es un mozo
Gentil y airoso en estremo,
De raras habilidades,
De estraordinario talento,
De conversacion festiva...

GONZALO.

¡Jesus, lo que vas diciendo!
¿Pues qué le falta?

INÉS.

Le falta
Lo que forma al Caballero;
Lo que con nada se suple;
Lo que basta por sí mesmo
A todo; fáltale en fin
Pundonor...

GONZALO.

Inés ¡qué feo
Borron echaste al retrato!

INÉS.

Y no fuera verdadero,

Si no estuviese tiznado
Con tan enorme defecto.
¿Pero acaso en el principio
Podia yo conocerlo?
Vino acá quando yo estaba
Por tu ausencia sin consuelo;
Sus chistes me distraian,
Y no es mucho que mi pecho
Agradeciese el alivio
Que hallaba por ese medio.
(Tú bien ves, quan sin rebozo
Mi interior te manifiesto)
Poco duró esta flaqueza,
Porque luego en el cotejo
Que hize de su alma y la tuya
Sentí impulsos bien diversos...
Todos de amor para ti,
Y para él de menosprecio.

GONZALO.

¿Y qué, no estaba en tu mano
El alejarlo?

INÉS.

No cierto.
Mi Tio tomó á su cargo
Mirar por él...

GONZALO.

Con que tengo
Por contrario á Don Clemente.

INÉS.

Tambien te engañas en eso,
Y no sabes que tus cartas
Leía con grande aprecio;
Pues yo se las mostré siempre,
Sin asomo de recelo.

GONZALO.

En esa creencia estaba;
Y tambien por su respeto
Cuidé tanto, al escribirlas,
De contener los estremos
De mi pasion entrañable.
Pero ya verlo deseo,
Y ofrecerle mi atencion.

INÉS.

Y yo en saber me intereso
Los motivos de un enojo
Que acaba en este momento
De tener con cierta dama,
Cuyas visitas debemos
A ese mismo Don Rodrigo;
Ya sale de su aposento.

ESCENA V.

D. CLEMENTE y DICHOS.

D. CLEMENTE.

¡Jesus, qué Doña Narcisa!

Ahora, Inés, voy creyendo
Que con razon te recelas...
¡Don Gonzalo! ¿Cómo es esto?
¿Quando ha sido esa venida?
A mí me coge de nuevo.

INÉS.

Otro tanto me sucede.

GONZALO.

No es culpa mia, por cierto,
Como te he dicho; y muy pronto
Hacértelo ver espero.
Pero está Usted alterado...

D. CLEMENTE.

Lo estoy, no poco, en efecto,
Por una Doña Narcisa,
Que sin gastar mas rodeos,
Me ha confesado de plano
Tenia un coche dispuesto
Para llevarse á Leandro,
Desviándolo bien léjos
De Inés, que en otro estaria
Con Rodrigo...

INÉS.

¡Qué proyecto
Tan infernal se trámaba
Contra mí! por fin ya veo
De sus viles asechanzas
El horrible paradero.
Si viene, oirá de mi boca...

Pero verle mas no quiero.
Su presencia es un martirio
Para mí... Tio ¿daremos
Lugar á que sus infamias
Pueda llevar al estremo?

GONZALO.

Confuso estoy.

INÉS.

No lo dudo.
Quando mas despacio estemos
He de enterarte de todo.

GONZALO.

Sí, en estando mas sereno
Don Clemente; y para entónces
De su juicio esperemos,
Que sin mas reconvenciones
Pondrá el debido remedio
A los males que lamentas,
Conservando su sosiego.

D. CLEMENTE.

En verdad, que soy amante
Del reposo; y si lo pierdo,
Disfrutar á mis Amigos,
Que son los libros, no puedo,
Por tanto en este negocio
Imponerme á fondo quiero,
Para así, como Usted dice,
Obrar con mejor acuerdo.
Y si fuere necesario

Usar de medios violentos,
Lo haré; por mas que esto sea
De mi carácter ageno:
Pues la virtud degenera
En culpable sufrimiento,
Quando deja que el malvado
Lleve al cabo sus intentos.

GONZALO.

¡Qué verdad tan innegable!
¡Ojalá todos los buenos
La tuviesen bien presente
Para aterrar los perversos!
Pero entretanto que Usted
Descifra aqueste misterio,
Iré yo á mis diligencias,
Con su permiso; hasta luego.

Al salir Gonzalo se encuentra con Rodrigo; y se miran y siguen su camino.

ESCENA VI.

INÉS, D. CLEMENTE, RODRIGO y LEANDRO.

INÉS *á D. Clemente.*

¿Si tendrá la avilantez
De venir á proponernos
Alguna otra correría?

RODRIGO *á Leandro.*

¿Qué dice Inés? no lo entiendo.

INÉS.

¿Has olvidado ese coche,
Que me tenias dispuesto
Para dar conmigo?...

RODRIGO.

¿Dónde?

INÉS.

Yo no lo sé.

RODRIGO.

Bien lo creo;
Pues sin duda, estás soñando.

INÉS.

Sé lo que digo, no sueño;
Y para ahorrar de razones,
Sabe que todo tu intento
Mostró Narcisa á mi Tio.

D. CLEMENTE.

Que me lo dixo es muy cierto.
¡Y con qué prolijidad!

RODRIGO.

¿Narcisa? ¡famoso texto!
Quien se pare á discurrir
Conocerá, que supuesto
Encubro tanto mis pasos
Como Inés está diciendo,
No es posible que confie
Mis importantes secretos
A una incauta mugercilla.

INÉS.

¿No es tu amiga?

RODRIGO.

¿Qué importa eso?

INÉS.

Como tú sus circunstancias
Nos ensalzaste hasta el Cielo...

RODRIGO.

Lo merece en otros puntos,
Pero en el presente es zero.

D. CLEMENTE.

Vamos claros, Don Rodrigo.
Estoy cada dia viendo
En Usted mil estrañezas;
Desbarros llamarlas puedo.
Y ya que veces de Padre
He estado hasta ahora haciendo,
Avisaré pronto á Murcia,
Para que venga el remedio
De quien debe.

RODRIGO.

Y las resultas
Serán las que yo me temo.

INÉS.

¿Usted cree que respete
A su Padre?

RODRIGO.

¡Si no es eso!
Tu malicia te alucina.

Solo digo que en sabiendo
Mi Padre ese noticion,
Se va á meter á cochero;
Y sentado en su pescante,
De feria en feria corriendo,
Al son de los campanillos
Desterrará su despecho.

D. CLEMENTE.

¿Y osa Usted dar á su Padre
Ese indecoroso empleo?

RODRIGO.

Es costumbre en mi pais;
Como lo es el ser toreros
En otros la gente noble;
En algunos es el juego
Su continua ocupacion,
Y en otros hablar del fuero.

INÉS.

El á la nobleza trata
Con el mismo miramiento
Que á todos.

RODRIGO.

Como merece;
Yo hablo siempre lo que siento.
El garito ú la mozuela
Sus horas y su dinero
Consumen, y jamás piensan
En devanarse los sesos
Con libros. Si alguno leen

No será de fundamento;
Con quatro chocarrerías
De Gerardo ú de Quevedo,
Y aun con jácaras brutales
Se quedan tan satisfechos.

D. CLEMENTE.

En verdad que así sucede
Con los mas; pero ¡qué necios!
¡Qué dignos de compasion!
Sin ese recurso honesto
En la vejez solitaria
Se hacen los dias eternos.

RODRIGO.

Y querrán que se les mire
Con atencion y respeto.
Este obsequio es muy debido
Al que, bien distinto de ellos,
Emplea todos los ratos
Que le permite el gobierno
De la casa, en ilustrar
Mas y mas su entendimiento;
Y quien trate á Don Clemente
No tendrá que irse muy léjos
Buscando el original
De este retrato imperfecto.

D. CLEMENTE.

Poco á poco, Don Rodrigo,
Tanto elogio no merezco.

RODRIGÓ.

Todo su mérito ajara
Quien no fuera tan modesto.

INÉS.

Si Usted lo escucha, no dudo
De que va á quedar absuelto
De todas sus demasías.

D. CLEMENTE.

Es lástima que un sugeto
De tantas luces incurra
En tamaños desaciertos.
Yo espero que Don Rodrigo,
Como prudente y discreto,
Trate al fin de conformar
Con sus razones sus hechos.

INÉS.

Vámonos, Tio, de aquí,
Pues lo veo á Usted dispuesto
A dejarse deslumbrar,
Y esponerme á nuevos riesgos.

D. CLEMENTE.

Vamos, Inés, donde quieras.
Mas ya sabes que en habiendo
De usar de severidad,
Por mas que haga, no soy dueño
De mi propio corazon,
Y vuelvo á decir que espero
Se enmendará Don Rodrigo,
Sin que al rigor apelemos;

Pues si insiste en sus delirios
Verá un terrible escarmiento. *Vanse.*

ESCENA VII.

RODRIGO y LEANDRO.

RODRIGO.

¿Qué te parece, Leandro,
De Inés? ¿qué fué de su genio
Angelical? desde ahora
Se alzó su engañoso velo.
¿No te dije, que era sierpe
En figura de cordero?
Mis pronósticos ya ves
Que se van todos cumpliendo.

LEANDRO.

Quando la irritan, no es mucho
Dé muestras de sentimiento.
Hasta mi Padre, que, sabes,
Es todo calma y sosiego,
Ha llegado á destemplarse.

RODRIGO.

Mas ¡cómo amainó el buen viejo
Apenas sintió en su olfato
El perfume de mi incienso!

LEANDRO.

¡Pues si antes lo hubieras visto
Como se puso de inquieto

Y furioso con Narcisa!
Y, por mi desdicha, luego
Me trató á mí la ofendida
Con insultante desprecio,
Diciendo, no me queria
A su lado en ningun tiempo.

RODRIGO.

¿Pues qué te ha de suceder,
Si le vas con rendimientos?
Despréciala, y será tuya;
Harto dicho te lo tengo.
Pero baste de esto, y quede
A mi cargo el componerlo.
Otros cuidados me acosan.
Sabe que ha sido en el juego
Mi suerte tan desastrada,
Merced al diestro manejo
De los tahures, que me hallo
Metido en nuevos empeños.
Una turba de acrêdores,
Sin conciencia ni respeto,
Continuamente me asalta
Por do quiera que parezco;
Pues, Leandro, á tu favor
En este conflicto apelo,
Y en pago de tus servicios,
Que has de tener, y muy presto,
Ante tus plantas rendida
A Narcisa, te prometo.

LEANDRO.

Sacar de ella ya partido,
Por mas que tú hagas, no espero.

RODRIGO.

En punto de amor atente,
Como en todo á los espertos;
Y en fin tú mismo verás
De mi pericia el efecto.
Pero vengamos al caso;
Para salir de este aprieto,
Que va creciendo por puntos,
Recurso ninguno encuentro
Fuera del caudal de Inés;
Y el asunto es poseerlo.
Yo ninguna repugnancia
En darle mi mano tengo;
Y ella ha de estar de Gonzalo
Desengañada muy luego:
Y aun ha reñido tal vez...

LEANDRO.

Engáñaste mucho en eso;
No están sino muy acordes.

RODRIGO.

A que riñen hoy apuesto.

LEANDRO.

¿Si yo he visto lo contrario
En este mismo momento?

RODRIGO.

Oh... déjame hablar, Leandro,

Porque va estrechando el tiempo.
¡Escusado fuera todo,
Si con su enojo indiscreto
Esa aturdida Narcisa
No frustrára mi proyecto!
Temeroso de este caso,
Previne con grande acuerdo
Dos Señoras, que vendrán
En busca de Inés. Bien veo
Que el fruto tan en sazon
No está como yo deseo;
Pero esté como estuviere
Afianzarlo procuremos.

LEANDRO.

¿Y qué Señoras son esas
Que con tanto rendimiento
Se prestan á tus mandatos?

RODRIGO.

De las muchas.

LEANDRO.

No lo entiendo.

RODRIGO.

De las que á todo se prestan,
Mediante algun dobloncejo.

LEANDRO.

¿Y esa gente trâes á casa?

RODRIGO.

¿Escrupulillos tenemos?
Nunca tal creí de tí.

LEANDRO.

Mal hiciste en no creerlo.

RODRIGO.

¿Pues qué, si vienen?..

LEANDRO.

Irán
A la calle con buen viento.

RODRIGO.

Piénsalo mejor, Leandro... *escucha*
Ya están aquí... lo veremos. *grita*
Entrad indecentes mias,
Que con grande ansia os espero;
Señoras del nuevo cuño,
Sacad de cuitas mi pecho.

LEANDRO

vase para fuera y grita.

Vive Dios que tal oprobio
En casa sufrir no puedo;
Las tiro por la escalera,
O el balcon, si las encuentro.

RODRIGO

receloso de que acudan los de casa.

Leandro, perdiste el juicio;
Ven acá, no seas necio.

LEANDRO

volviendo al teatro.

Al oir mis amenazas
Enhoramala se fuéron.

Salen Inés y D. Clemente.

ESCENA VIII.

DON CLEMENTE INÉS y DICHOS.

D. CLEMENTE.

¡Qué alboroto, Inés!

INÉS.

Leandro
Era en la voz.

D. CLEMENTE.

¿Qué ha sido esto?

LEANDRO.

Nada.

RODRIGO.

Oyó que unas Señoras
Preguntaban con empeño
Por otra Señora amiga,
Y se marchó allá corriendo
A enseñarles el camino.
Es fogosillo el mancebo.

INÉS.

¡Señoras en busca de otra!
No sé lo que me recelo.

RODRIGO.

Cavila, Inés, porque el caso
No deja de merecerlo.

LEANDRO.

Yo no he visto quienes eran,
Pero lo cierto es, que al eco

De mi espresivo agasajo
Mas que de paso se fuéron.

D. CLEMENTE.

¿Y no las acompañaste?
¿Qué costaba haberlas puesto
En su camino? El buen modo
Está bien en todo tiempo
Con qualesquiera personas.

RODRIGO.

No serán de cumplimiento;
Y ya sabrán irse solas
Por donde quiera sin riesgo.

Entra Gonzalo con muestras de indignado; se miran un rato sin hablar palabra.

ESCENA IX.

GONZALO y DICHOS.

RODRIGO.

Los Tirios y los Troyanos
Estaban mudos y atentos;
Y entónces el Padre Eneas
Habló desde su alto asiento...
Me parece bufonada
Tan misterioso silencio.

GONZALO.

A bien que Usted ha tenido
La alta gloria de romperlo.

RODRIGO.

He tenido la frescura
De mirarlo con desprecio.

GONZALO á Rodrigo.

¿Pues yo que soy apocado
Estoy en asqüas temiendo
Disgustar á una persona
Que no conozco, ni quiero? *á Inés.*
Yo, Señora, á despedirme
De Usted para siempre vengo;
Este es mi estilo corriente:
¿Para qué gastar rodeos
Quando uno tan solo trata
De mostrar su pensamiento?
Baste ya de falsedades,
Y baste de sufrimiento
Por mi parte; mas valiera
No haber malgastado el tiempo.

INÉS.

Yo no sé lo que me pasa.
¡Ay mi Tio! ¿qué será esto?

GONZALO.

¡Qué pregunta! ¿qué ha de ser
Sino el haber descubierto
El engaño y la mentira?...

RODRIGO.

Yo hablara con mas respeto
En una casa de modo;
Y sobretodo á sus dueños,

GONZALO *á Rodrigo.*

Yo hablaré como me plazca,
Quando hubiere fundamento;

vuelto á Inés.

Como ahora que las pruebas
De todo en la mano tengo;

á Ródrigo.

Y escusemos de lecciones,
Que estudié mi Galateo.

Quiere hablar Inés, pero se interpone Rodrigo.

RODRIGO.

Poquísimo se conoce;
Y ya es fuerza ir repitiendo
La leccion en otro tono.

GONZALO.

Usted ese magisterio
Egercerá solo en casa.

RODRIGO.

Y fuera de aquí lo mesmo.

GONZALO.

Me alegro de la noticia;
Fuera de aquí nos veremos.

RODRIGO *á Leandro*

Me dió por mi comidilla;
Mediremos los aceros.

GONZALO *en ademán de irse.*

¿Con qué me voy á esperar
Al desfacedor de entuertos?

D. CLEMENTE.

¿Don Gonzalo? ¿esto en mi casa?
Usted ha perdido el seso.

RODRIGO.

Vamos, que al buen pagador
Las prendas no le hacen duelo.

D. CLEMENTE.

Don Rodrigo, no permito
Que salga Usted.

RODRIGO.

No me muevo;
Usted lo quiere; mi enojo
Sacrifico á su respeto...
Por ahora.

INÉS.

Don Gonzalo...

D. CLEMENTE.

Inés calla; vete dentro;
El detenerle tú fuera
Un acto de rendimiento
Siempre indigno, y mas ahora,
De tu honor y de tu sexô. *Vase Inés.*

ESCENA X.

D. CLEMENTE, RODRIGO y LEANDRO.

RODRIGO.

Si pudiese prescindir
De ver á Usted tan inquieto,
En el alma me alegrara
De haber tenido este encuentro,
Que para todo imparcial
Pone bien de manifiesto,
Quien de Gonzalo ú de mí
Merece mejor concepto.

D. CLEMENTE.

Yo á la verdad, he estrañado
Su falta de miramiento.

RODRIGO.

Además de que un airado
No puede mostrarse cuerdo,
Si me hubiesen de creer
Diria...

D. CLEMENTE.

Todo lo creo
Con lo que he visto.

RODRIGO.

Pues reina
Un amor propio tan necio
En Gonzalo...

D. CLEMENTE.

Ah, Don Rodrigo,
Todos los hombres tenemos
De ese género sabroso
Largas dósis en el cuerpo;
Y allá se va en este punto
El tonto con el discreto,
Solo que aquel lo pregona,
Y este procura esconderlo.

RODRIGO.

Pero los grados varían,
Y el de Gonzalo es estremo.
Hay amantes en el mundo
Que tienen huero el celebro,
Pues creen que al ausentarse,
Sus damas se están muriendo
De pesar, y ensimesmados
Van de continuo diciendo:
»¡Qual estará la infelice
»Al verse de mí tan léjos!
»No tendrá humor, no es posible,
»De asomar por el paseo,
»Ni aun de salir de su casa.
»¿Ella cantar? no lo creo.
»Si acaso lamentaciones,
»En doloroso recuerdo
»De nuestra ausencia funesta;
»Pues bailar aun mucho menos,

„Por mas que siempre haya sido
„Aficionada al bolero.
Y miéntras tanto la Clori,
Al lado de un galan nuevo
Canta, se huelga, triunfa;
Y tal vez se está riendo
De los suspiros que exhala
El amador sin consuelo.
Las ridículas pasiones
De siglos caballerescos,
O son fábula, ó si no
Se acabáron con el tiempo.
Pues que se vengan ahora
A citarme por egemplo
Los amantes de Teruél;
Doy que el hecho sea cierto,
Nada prueba para mí,
Pues claro está que quisiéron
Llevar su idea adelante,
Como Aragoneses tercos;
Sin que el morir procediese
De constancia en el afecto,
Como supone la historia.
Pero vengamos al cuento:
Gonzalo es muy presumido,
Y queria que en el tiempo
De su ausencia Inés guardase
El encierro mas estrecho.
Vine; y á Inés, no sé como,

Le merecí algun afecto;
Lo que Usted advertiria.

D. CLEMENTE.

En verdad, que hubo algo de eso.

RODRIGO.

Leandro oyó sus finezas
Muchas veces.

LEANDRO.

No lo niego.

RODRIGO.

Si luego se me estrañó,
Fué por causas que no acierto
A adivinar; pero en fin
Gonzalo sabedor de esto,
Me consta por buen conducto,
Que está á vengarse resuelto;
Y aunque hasta ahora encubria
Su enojo, ya contenerlo
No pudo, como Usted vió.
En suma todo su obgeto
Se reduce á conseguir
El sí de Inés, para luego
Irse, y dexarla burlada.
Dije.

D. CLEMENTE.

Y tanto, que á creerlo
No puedo determinarme.
Mas por sí ó por no yo quiero
Que Inés esté sobre aviso;

Y se lo diré al momento. *Al irse.*
No tengamos desafio.

RODRIGO.

Dí mi palabra; no hay riesgo.
á Leandro.
Vamos á ver á Narcisa,
Y salgamos de tu enredo.
¿Qué tal el Don Gonzalito?
Mi prediccion va saliendo.

INÉS desde dentro.

Leandro, oye.

RODRIGO.

Si te quedas
Ven pronto, que allá te espero.

ESCENA XI.

INÉS y LEANDRO.

INÉS.

Vengo á valerme de tí.

LEANDRO.

Mi Padre se fué allá dentro
Buscándote.

INÉS.

¿Qué me quiere?

LEANDRO.

Yo no lo sé; vete á verlo.

INÉS.

Voy, pero...

LEANDRO.

Yo estoy de priesa.

INÉS.

Vaya; aguardate un momento.
¿Qué me dices de Gonzalo?

LEANDRO.

Nada, que estuvo en estremo
Insolente.

INÉS.

¿Y no tendrá
Alguna causa para ello?

LEANDRO.

Tú sabes si se la has dado.

INÉS.

¿Dársela yo? no por cierto.
Le haré ver muy lo contrario.

LEANDRO.

Enhorabuena.

INÉS.

Para esto
Me habrás de hacer el favor
De servirme.

LEANDRO.

¿De tercero?

INÉS.

No; en llamarlo.

LEANDRO.

Que es lo mismo:
Mil gracias, por el empleo
Con que me honras.

INÉS.

¡Qué rareza!

LEANDRO.

Raro estoy, porque no quiero
Hacer lo que te acomoda.

INÉS.

Pues bien; de su paradero
Infórmate, y le enviaré
Un recado.

LEANDRO.

Mucho menos.
Mi Padre te está llamando.

INÉS.

¿En quién hallaré consuelo?

LEANDRO.

Sí, que tendré yo motivo
Para estár muy satisfecho.

ACTO TERCERO.

ESCENA I.

INÉS y GONZALO.

INÉS.

Te ví venir.

GONZALO.

Si yo obrase
Qual debia, no me vieras.

INÉS.

¿Cómo es?

GONZALO.

No pensé volver.

INÉS.

¡Por qué causa?

GONZALO.

¡Quién creyera
Que cupiese tal perfidia
En tu aparente inocencia!

INÉS.

¡Qué estrañezas! no te entiendo.

GONZALO.

Infame.

INÉS.

Si yo lo fuera
No traspasaran mi pecho

Espresiones tan agenas
De tú boca y mis oidos.

GONZALO.

Repito que no debiera
Hablarte, pero me arrastra
Esta pasion que quisiera
Desarraigar de mi pecho...
Tú con solemne promesa
Te apalabraste...

INÉS.

¿Con quién?

GONZALO.

¿Tu memoria así flaquea?
Mas no es mucho, si afirmando
Que odiabas los calaveras
Mortalmente, ahora escoges
Al que entre todos descuella.

INÉS.

Pues ahora los detesto
Más que nunca.

GONZALO.

De la regla
Esceptuarás á Rodrigo.

INÉS.

¿Qué es lo que dices? la fuerza
Del encono que en mí cabe
Contra ese solo se emplea.
¿Cómo podia acertar?...
Pero veamos las pruebas

De esa soñada perfidia
Que afirmas como tan cierta.

GONZALO.

¿Para qué? tiempo perdido.
Si ya en negar estás puesta,
A pesar de la verdad
Insistirás en tu tema.

INÈS.

No, Gonzalo, no haré tal;
Y bien ves en mi paciencia
Mis deseos...

GONZALO.

¿Cómo es eso?
¿Qué? ¿tienes por gran fineza
El deber indispensable
En que estás de darme plena
Satisfaccion?...

INÈS.

Ah, por Dios,
Dejemos esa materia.
Bien sabes que yo con nadie
Gusto de entrar en contiendas,
Y contigo mucho ménos;
Pero creo que debieras
Tratarme muy de otro modo.

GONZALO *reforzando la voz.*

Lo haré quando lo merezcas.

ESCENA II.

D. CLEMENTE y DICHOS.

D. CLEMENTE.

¿Qué, no basta de alboroto?
Es hora ya de que vuelva
El sosiego acostumbrado
A mi casa.

GONZALO.

No me pesa
De que el Señor Don Clemente
En la plática intervenga;
Antes bien muy al contrario,
Pues me holgaré de que vea
Con quanta razon me quejo.

D. CLEMENTE.

Pero Usted en gran manera
Se desentonó aquí mismo;
Con que baste.

GONZALO.

Inés, pudiera
Escusar estas qüestiones,
Que á todos nos atormentan.

INÉS.

¿Y cómo? ¡infeliz de mí!

GONZALO.

Diciéndome sin reserva
Que varió tu voluntad,
Y no cuente ya con ella.

INÉS.

Si quieres que lo contrario
Diga de lo que se encierra
En mi pecho inalterable,
Hablaré de esa manera.

GONZALO.

Ah falsa...

INÉS.

Ea, ya volvemos
A la misma cantilena.

GONZALO.

A ver ¿me trataste siempre
Con esa misma fineza
De palabra y por escrito?

INÉS.

Siempre, siempre.

GONZALO.

Ya estás presa.
Aquí al Señor Don Clemente
He de merecer que lea
Estos poquitos renglones,
Y verá con evidencia
La doblez de tus palabras,
Y el motivo de mis quejas.
Ante todo es bien saber
Que fuí de aquí en diligencia
Al correo, y solo hallé
Esta carta, que á Valencia
Habia ido dirigida,

Pero hallándome ya fuera
Quando llegó, la han devuelto,
Y acabo de recogerla.
Antes no quise mostrarla
Por causa bien manifiesta,
Y ahora solo he venido
A que Usted mismo la lea
Aquí en presencia de Inés;
Y á ver si negarla intenta.
Empieze Usted ya, si gusta,
Sin hacer alto en la letra,
Que acabada la lectura
Se tratará esa materia.

D. CLEMENTE lee.

»Con la noticia indudable
»De que Usted en su Valencia
»Todos los dias contrae
»Nuevos empeños, me queda
»De obrar segun mi albedrio
»La facultad mas completa.
»Y para escusar rodeos
»Es preciso que Usted sepa
»Que mi libre voluntad
»No es hoy ya la que ántes era;
»Pues en mas digno sugeto,
»Y para siempre se emplea.
»Con esto alegrese Usted
»Con quien guste y quanto quiera.
»De Madrid la consabida

„Que mil bienes le desea."
Está breve y compendiosa;
Inés, parece tu letra,
Ven, hazte cargo, ¿qué dices?

INÉS mirándola.

Que por mas que lo parezca,
No es mia; ni sé escribir
Con semejante insolencia.

GONZALO.

¿No dije que negaría
La verdad, por manifiesta
Que estuviese? pero en fin
Yo he logrado convencerla.

recoge la carta.

INÉS.

No por cierto.

GONZALO.

Que no valga;
No armemos otra pelea.
Pero al Señor Don Clemente
Ninguna duda le queda
En el asunto; y repito
Lo de antes ¡quién discurriera
Que en Inés jamás cupiese
Tan ruin correspondencia! *Vase.*

ESCENA III.

D. CLEMENTE é INÉS.

D. CLEMENTE.

Yo no estraño, antes disculpo,
La destemplada vêmencia
Con que habla este Don Gonzalo.

INÉS.

Bien lo veo: ¡quién pudiera
Convencerle plenamente
De su error y mi inocencia!

D. CLEMENTE.

¿Mediando ese testimonio
Como puedes dar respuesta
Que satisfaga?

INÉS.

Tengo una,
No creible, pero cierta.

D. CLEMENTE.

¿Y qual es?

INÉS.

¿Qual ha de ser?
El que la carta es supuesta.

D. CLEMENTE.

Te fuiste por el atajo,
Aun mas verosimil fuera
El decir que en un momento
De despecho ú de flaqueza

La escribiste; que este caso
Se vé con mucha freqüencia
En las Señoras mugeres;
Pero en fin quando así sea
No negarás que incurriste
En muy grave inconseqüencia,
Aunque ahora una y mil veces
De corazon te arrepientas.

INÉS.

No tengo por qué; de nada
Me remuerde la conciencia.

D. CLEMENTE.

Por mí, sea lo que fuere,
Y tú allá te las avengas.
Dejadme en paz de una vez,
Que con tanta impertinencia
Ya me teneis aburrido.
¡Qual me han puesto la cabeza!
Mira, ahí está Don Rodrigo;
No me armes otra reyerta.

INÉS.

No corre ningun peligro,
Que ya no tengo paciencia
Para sufrir sus razones,
Ni tampoco su presencia.

Vanse.

ESCENA IV.

RODRIGO y LEANDRO.

LEANDRO.

Se fué Inés; por mas que digas,
No quiere nada contigo.

RODRIGO.

Gracias á Dios, que ya hablaste;
Pues mudo me has parecido
Este rato.

LEANDRO.

A la verdad,
El altanero desvío
De Narcisa, y el papel
Tan desairado y mezquino
Que te he visto hacer con ella,
No poco me han sorprendido.

RODRIGO.

Sí; estaba desentonada.

LEANDRO.

¿Pues qué hiciste del registro
Tan eficaz é infalible,
Como tú me tienes dicho,
De despreciarla altamente?

RODRIGO.

Estás, Leandro, osadillo,
Quando te mofas de mí.

LEANDRO.

No hago tal ¡qué desatino!

RODRIGO.

Cierta especie me ocurria;
Vaya, compadre, ¿la digo?

LEANDRO.

¿A qué son esos reparos?
Dila quanto ántes, Rodrigo.

RODRIGO.

Es aquello del leon,
A quien cocea el borrico,
Al verle espirar.

LEANDRO.

Mil gracias
Por el favor.

RODRIGO.

Yo no espiro
Todavía, con que el simil
No es en todo parecido;
Y nunca debe ofenderte
La llaneza de un Amigo.

LEANDRO.

No me ofendo, aunque tenia,
En verdad, harto motivo;
Mas en cambio de ese chiste
Me tomaré yo el permiso
De decirte, que contemplo
Mal parados tus designios.

RODRIGO.

¿Por qué?

LEANDRO.

¿Por qué me preguntas?
Narcisa te ha despedido;
Inés te odia qual si fueras
Su mas mortal enemigo.
Y si no ¿á ver como le hablas
De que se case contigo?

RODRIGO.

Si ese logro se me frustra,
¡Jesus, y lo que he perdido!
¿Por tu cuenta no era nada
El hacer yo el sacrificio
De mi amada independencia?
Leandro, ten entendido
Que el mas ridículo empleo
Del mundo es el de marido.
Los achaques sempiternos
De la muger, los chiquillos,
Las visitas y etiquetas
Que trae siempre consigo
El matrimonio, serian
Para mí el mas cruel martirio;
Con que así nada me pesa
De que Inés se me haya ido.

LEANDRO.

Son agrias, dijo la zorra.

RODRIGO.

Te volviste picarillo;
No salen malos alumnos
De la escuela de Rodrigo.
Pero á pesar de tus mofas
Lo que he dicho te repito,
Que en los males de esta especie
Es mi pecho muy sufrido;
Quanto mas que de mi empresa,
Ni por sueño, desconfio.
Gonzalo está despechado
Hasta no mas, como has visto...

LEANDRO.

¿Y qué tenemos con eso?

RODRIGO.

Ahí es nada; yo imagino
Que en viéndose Inés dejada
Por Gonzalo, de improviso
Se acogerá á quien la quiera.

LEANDRO.

¿Por eso, en tan gran conflicto
Se hallará Inés, y ante todo
Tan ansiosa de marido,
Que corriese de rechazo
A entregarse al primerito?...
Pero vamos, ¿aun entónces
Si tú estás ya decidido
A no casarte, qué harias?

RODRIGO.

¿Tan mal vendria un pellizco
De su caudal, entretanto
Que se pasan los oficios
Sobre si hay boda, ó no hay boda?

LEANDRO.

¿Y entretanto que á juicio
Narcisa te está llamando?

RODRIGO.

¿Narcisa á mí? ¡qué delirio!

LEANDRO.

¿Te coge ahora de nuevo?
Tú mismo se lo has oido.

RODRIGO.

¿Pues quál puede ser su obgeto?

LEANDRO.

Hombre, el caso es bien sencillo;
Pedirte lo que le debes.

RODRIGO.

Ella me debe cariños;
Y ese es asunto de risa.

LEANDRO.

Pero ella es el enemigo,
Y yo no me fiaria.

RODRIGO.

Ni yo tampoco me fio
De mugeres... y por tanto
Volver allá me es preciso,
A ver si para templarla

Puedo hallar algun arbitrio.
Y ahora, por la amistad
Que te profeso, te pido,
Me avises de quanto hiciere
Ese Gonzalo; y del giro
Que tomare este negocio,
Que me tiene confundido.

LEANDRO.

Vé con Dios, que te respondo
De portarme con juicio.

Vase Rodrigo.

ESCENA V.

INÉS y LEANDRO.

INÉS.

¿Se marchó ya?

LEANDRO.

Sí; á Dios gracias.

INÉS.

Te oigo hablar por un estilo
Muy otro del que solias
Acerca de ese tu Amigo.
¿Cómo es eso?

LEANDRO.

Por mi dicha,
Creo que lo he conocido.

INÉS.

No dirán, sino que acabas
De escapar de algun peligro
Muy grave, segun estás
Turbado y despavorido.
Yo siempre dije que ese hombre
Te llevaba al precipicio.

LEANDRO.

No es tanto como todo eso;
Pero en fin bastante he visto
En él para desviarme.

INÉS.

¿No me cuentas lo que ha sido?

LEANDRO.

Nada mas que haberlo hallado
En combate muy reñido
Con Narcisa; quien por cierto
Cosas muy lindas le dijo,
Por las quales ví á las claras
La falsedad de Rodrigo.

INÉS.

Dílas por Dios.

LEANDRO.

Ella misma
Vendria, segun me ha dicho,
A contar quanto ha pasado,
Si no temiese el desvío
Con que tú antes la trataste.

INÉS.

Así es; lo juzgué preciso
A fin de ponerme en salvo
De malvados artificios.
¿Y, Leandro, no habrá medio
Para hacer que á referirlo
Venga aquí?

LEANDRO.

Lo dudo mucho.

INÉS.

Quiero suplicar al Tio
Con todo encarecimiento
Que vaya allá, y por sí mismo
Se entere. Siento en el alma
Sacarlo de su retiro;
Y mas aun por este asunto.

A un criado.

Ven acá; dile á mi Tio,
Que por un breve momento
Hablar con él necesito.

LEANDRO.

Yo voy á ver si á mi Padre
Puedo escusar el fastidio
De este viage.

INÉS.

Haces bien;
Pero dime ¿Habrias visto
Por ahí á Don Gonzalo?

LEANDRO.

Ya estrañaba yo tu olvido
De preguntarme por él.

INÉS.

No es olvido.

LEANDRO.

En eso mismo
Estaba yo.

INÉS.

Te confieso,
Que vine con el designio
De hablarte.

LEANDRO.

A Dios.

INÉS.

A mis males
No darás algun alivio?

ESCENA VI.

D. CLEMENTE y INÉS.

D. CLEMENTE.

Esto ya está visto, Inés,
Yo no he de vivir tranquilo
Un momento; vamos, dí,
¿Qué novedad ha ocurrido?

INÉS.

Pedir á Usted un favor;

Mas no me atrevo á decirlo.

D. CLEMENTE.

Como yo nunca he cursado
La profesion de adivino,
He menester que se espliquen,
Y al que no habla no le sirvo;
Con que á Dios.

INÉS.

Espere Usted;
¡Jesus qué viveza! Tio.
Al fin la Doña Narcisa
Se enojó con su Rodrigo.

D. CLEMENTE.

Que sea muy en buen hora.

INÉS.

Ellos del todo han reñido.

D. CLEMENTE.

Tampoco hay inconveniente
En que sean, ó no amigos,
¿Pero á qué viene todo eso?

INÉS.

A que de Usted solicito
Quiera tomarse el trabajo
De ir á su casa.

D. CLEMENTE.

¿Yo mismo?
¿Y á qué fin?

INÉS.

A convidarla...

D. CLEMENTE.

Dime, Inés ¿soy algun niño
Para andar por esas calles
Cargado con recaditos?

INÉS.

¿Si Usted no me deja hablar?..

D. CLEMENTE.

Muger, demasiado has dicho.

INÉS.

Pues si Usted no gusta de ir
Lo haré yo con su permiso.

D. CLEMENTE.

¿Y no eres tú la que tanto
Repugnabas eso mismo?

INÉS.

Ahora ha variado el caso,
Y estoy ya mas sobre aviso
Para poderme guardar.

D. CLEMENTE.

Por fin muger... el capricho
Os ha de gobernar siempre

INÉS.

No hay capricho en lo que digo.
Si voy será con Leandro
Que está bien arrepentido.

D. CLEMENTE.

¿No basta enviarla un recado?

INÉS.

Ya se lo envié por él mismo.

D. CLEMENTE.

¿Para qué mas mensageros?

INÉS.

Como no ha de recibirlo
Con grande aprecio...

D. CLEMENTE.

¿Por qué?
¿Pues no es Leandro tan digno
De aprecio como nosotros?

INÉS.

Es verdad, mas los caprichos
Reinan siempre en las mugeres.

D. CLEMENTE.

Con mucha razon lo digo.

INÉS.

No hablemos mas del asunto.
Don Gonzalo...

D. CLEMENTE.

Ese registro
Te faltaba que tocar.

INÉS.

¡Está Usted tan mal conmigo!...

D. CLEMENTE.

Estoy mal con tus rarezas.
¿Qué quieres ahora? dilo.

INÉS.

¿No fuera bueno llamarle?

D. CLEMENTE.

Fuera muy mal parecido.

Ya está ahi Doña Narcisa.

INÉS.

Agasajarla es preciso.

ESCENA VII.

NARCISA, INÉS, D. CLEMENTE y despues LEANDRO.

INÉS.

Señora, desconfiaba
De que Usted acá volviera
Habiéndola recibido
Con demasiada tibieza;
No á la verdad por desprecio,
Sino por ciertas sospechas
Que nos infundió el sugeto
Que sin cesar nos molesta
Con sus estraños intentos.
¿Ya habrá Usted dado en la cuenta?

NARCISA.

Supongo que es Don Rodrigo;
Pero Usted no me agradezca
Este paso, porque á darlo
Mis intereses me fuerzan.

INÉS.

Pues en virtud de que á todos
En tanto grado interesa
El desembozar designios

Que solo por su reserva
Deben hacerse temibles;
Suplico á Usted condescienda
A enterarnos...

NARCISA.

Lo haré así,
Muy gustosa en quanto sepa.

INÉS.

Está bien; y antes de todo
Por quanto hay saber quisiera,
Quién puede ser el Autor
De una carta que á Valencia
Escribiéron á un sugeto
Con mi firma y con mi letra;
Imitadas una y otra
Con igualdad tan perfecta,
Que me engañara yo misma
Acaso, si no supiera
Que nunca pude escribirla.

NARCISA.

¿Cómo Señora? ¿Usted piensa
Que en mi casa se fabrican
Cartas ni firmas supuestas?
Quien habla tales delirios
Se equivoca en gran manera,
Y es para mí esa noticia
Tan estraña como nueva.
Pero escusemos de andar
En preguntas y respuestas;

Yo diré mi relacion
Bien sencilla y verdadera,
Y si alguien se resintiere
Habrá de tener paciencia.
Don Rodrigo, á quien yo tuve
Por mozo de bellas prendas
Dió en visitarme á menudo
Y en hacerme mil finezas,
O mas bien en galantearme;
Y esta alma que no se niega
Del amor al atractivo,
Le mostró correspondencia;
Mas sin faltar del decoro
A las leyes mas estrechas,
Que allá para el matrimonio
Las confianzas reservan.
No sé si esta circunstancia
Quadraba con su sistema,
Porque luego en su conducta
Noté tales estrañezas,
Que ya al fin me precisáron
A estar con él siempre alerta.
Algunas veces solia
Verter mil jactancias necias
De conquistas, de favores,
Y de una correspondencia
Que tenia interceptada,
Si no me engaño, en Valencia;
Blasonando de saber

Imitar qualquiera letra,
Y en un tono qual si fuese
Esta maña una gran ciencia.
Ya le veia azorado
Hacerme raras propuestas;
Ya quejarse de que habia
Contraido muchas deudas.
Entra Leandro.
Ofrecile algun dinero,
Y lo admitió con franqueza;
Por el qual, pues no me paga,
Le tendré demanda puesta
Antes que llegue mañana.
Dióle por fin la ocurrencia
De traerme á Don Leandro,
Asegurándome le era
Muy del caso que viniese
A mi casa con freqüencia,
Para traer de continuo
A Ustedes noticias ciertas
De su arreglada conducta,
Y ensalzarse asi en la idea
De Don Clemente. A muy poco
Parece que en su alma tierna
Mis tales quales partidas
Hiciéron alguna mella;
Advirtiólo Don Rodrigo,
Y en esto fundó la idea
De amistarme con Usted. *A Inés.*

Mas como vió ya deshecha
La máquina que traia
Fraguada allá en su cabeza,
Me trató, ciego de rabia,
Con la mayor insolencia.
Yo acababa de saber
Que acosado de sus deudas
Huía de casa en casa,
Sin tener morada cierta;
Con esto y con su mal trato
Irritéme de manera,
Que le dixe no volviese
En su vida á mi presencia.
No espresaré lo que siento
El haberme visto espuesta
A servir indignamente
De oficiosa medianera
A un hombre que me burlaba
Con las miras mas perversas;
Pero siento mucho mas,
Que por salir con su empresa,
De mi amor en Don Leandro
Hacer traspaso quisiera.
Don Leandro es un muchacho
De las mas amables prendas,
Y por tanto le diré
Con la espresion mas ingenua,
Que mi alma desenfadada,
Y aun un tantito altanera

Mas que al mismo Don Rodrigo,
Mas que á todos lo desprecia. *Vase.*

ESCENA VIII.

D. CLEMENTE, LEANDRO É INÉS.

D. CLEMENTE.

¿Ves, Leandro, los sonrojos
Que acarrea la imprudencia
De entregarse ciegamente
A una ilusion placentera?

INÉS.

Ah Tio; no quiera Usted
Aumentarle la vergüenza,
Que con amargos recuerdos
Ya bastante le atormenta.

LEANDRO.

Y como veia en Padre
Una pasion tan estrema
Por Rodrigo, no es estraño
Que yo ese rumbo siguiera.

D. CLEMENTE.

Yo me dejé deslumbrar
Por su vistosa apariencia,
Y no creí que en un hombre
Cupiese tanta vileza.

INÉS.

Ya está Usted desengañado;

Pero ¡ Jesus lo que cuesta
Apear á un buen anciano
De aquella primera idéa
Que una vez llegó á formar!

D. CLEMENTE.

Déjale ahora que venga;
Mas no tendrá la osadía
De asomar por mi presencia.

INÉS.

No lo conoce Usted bien
Todavía, si tal piensa.
Antes de mucho está aquí. *Vase.*

D. CLEMENTE.

Buena acogida le espera.

ESCENA IX.

D. CLEMENTE y LEANDRO.

D. CLEMENTE.

Leandro, no te acongojes,
Pues dando tan claras muestras
De arrepentido, ya tienes
Disculpada tu flaqueza.

LEANDRO.

Por fin corazon de Padre,
Que hallando tanta materia
Para reñirme ágriamente,
Con ternura me consuela.

Pero ¡qué muger tan rara,
Y tan cruel! ¿quién me dijera
Que tras de andar tanto rato
Desalado en busca de ella,
Me llenaria al hallarla
De insultantes desvergüenzas?
A bien que este desengaño
Estampado en mi alma queda
Para siempre.

D. CLEMENTE.

Eso me basta.
Mas, Leandro, ¿quién creyera
Que en efecto Don Rodrigo
Fuese autor de la supuesta
Carta?...

LEANDRO.

¿La de Inés?

D. CLEMENTE.

La misma.

LEANDRO.

¿Se sabe eso con certeza?

D. CLEMENTE.

Doña Narcisa lo ha dicho,
Y por mi parte quisiera
Lo supiese Don Gonzalo.

LEANDRO con indignacion.

Presto haré yo que lo sepa;
Y he de verme con ese hombre
Por mas que ocultarse quiera. *Vase.*

ESCENA X.

INÉS y D. CLEMENTE.

INÉS con un billete en la mano.

Voy á enviarlo á Don Gonzalo,
Si Usted á mal no lo lleva.

D. CLEMENTE.

¿Qué es eso?

INÉS.

Nada; avisarle
Lo que pasa.

D. CLEMENTE.

Diligencia
Por demas; pues fué Leandro
A buscarle á toda priesa.
Espéralo ahí, si quieres,
Y haced las paces, ó treguas,
O lo que fueren; y baste
De quebrarme la cabeza. *Vase.*

Inés vé llegar á Gonzalo y va para él.

ESCENA XI.

INÉS y GONZALO.

INÉS.

¿Has encontrado á Leandro?

GONZALO.

En el umbral de la puerta.

INÉS.

¿Te ha dado un recado nuestro?

GONZALO.

Ni una palabra siquiera
Me ha dicho...

INÉS.

Pues de tu grado
Estraño mucho que vengas.

GONZALO.

Reconozco ingenuamente,
Que es la mayor estrañeza
El repetir mis visitas,
Despues de tantas protestas
De dejarte para siempre...
Todo lo puede la fuerza
De una pasion entrañable.

INÉS.

¿Cómo Gonzalo? ¿aun conservas?
Y sobre todo ¿aun declaras
Esa pasion tan funesta
A quien, no ha mucho, imputabas
Las bastardías mas feas?

En todo, Inés, se conoce,
Que tú no la esperimentas;
Que entonces no estrañarías,
Ni esta grande inconseqüencia,
Ni otras muchas que son propias
De las pasiones violentas.
Tan pronto van desaladas
Tras el obgeto que anhelan,
Tan pronto, qual si causara
Su ruina, de él se alejan.
¡Ah, quan poco la tardía
Reflexîon puede con ellas,
Quando una vez han llegado
A rendir nuestra flaqueza!
Siempre buscando disculpas
En su obgeto, en la vêmencia
De su afan, desde el momento
Que hallan alguna, concentran
Allí todos sus desvelos
Que la esperanza fomenta.
La antigua ilusion de nuevo
Se aparece, se acrecienta,
Y á la razon desmayada
Con ventaja contraresta.
Entre mil cavilaciones
Me vino la estraña idea
De cotejar el papel
De tus cartas con el de esa

Que tantas agitaciones,
Tanta amargura me cuesta.
Era la marca distinta,
Y me holgué sobremanera.
¡Qué frívolo fundamento,
Dirá quien de amor no sepa,
Para mudar de opinion,
Y hallar alivio á sus penas!
Pero yo que en mis anhelos
Siento el alma tan propensa
A hallar, en vez de delitos,
En tí tan solo escelencias,
Esclamé entre mil suspiros:
"¡Quién sabe, quién... si es supuesta!"

INÉS.

Tenlo por cierto, Gonzalo,
Pues hay personas muy diestras
En hacer esos primores.

GONZALO.

Pues si ese perverso fuera
El mismo que me figuro,
Tendria su recompensa.

INÉS.

¿Qué?...

GONZALO.

Nada.

INÉS.

Dime.

GONZALO.

A todo eso
No me oirás otra respuesta.
Tú sí, que me has de dar luces.

INÉS.

Sé que en efecto es supuesta
La carta; y de mano y pluma
De Don Rodrigo.

GONZALO.

¿De veras?...
Ya tengo bastante; á Dios.

INÉS.

¿A dónde vas?... ¡qué imprudencia
La mia!

GONZALO.

A Dios; luego vuelvo. *Vase.*

INÉS reforzando la voz.

Detente un momento; espera.

ESCENA XII.

INÉS y D. CLEMENTE.

INÉS.

Tio, venga Usted...

D. CLEMENTE.

Muger,
Tú has perdido la chabeta.

INÉS.

¿No he de estar fuera de mí,
Si Gonzalo con la idea
De castigar á Rodrigo
Acaba de irse?

D. CLEMENTE.

¿Y te pesa
Que le dé su merecido?
Yo no gusto de quimeras,
Y menos si han de parar
En sangrientas y funestas;
Pero una leccion de espada
Suele quedar mas impresa
Al que no escucha razones.

INÉS.

Si el otro es tan calavera...

D. CLEMENTE.

Todo malvado es cobarde.

INÉS.

Se valdrá de alguna treta,
Si no puede hacerle frente;
Pues todo cobarde apela,
En no hallando otro recurso,
A una alevosa sorpresa.

D. CLEMENTE.

¿Se dejará Don Gonzalo
Serprender? Inés, no temas
Que olvide lo de, quien tiene
Enemigos no se duerma.

ESCENA XIII.

RODRIGO y DICHOS.

INÉS.

¿Qué, no has visto á Don Gonzalo?

RODRIGO.

No cierto; ni Dios lo quiera,
Porque es allá un personage
Que, hablando en plata, me apesta.

D. CLEMENTE.

¿Y es posible, Don Rodrigo,
Que Usted á venir se atreva
Por mi casa? Lo estoy viendo,
Y aun no sé si lo crea.

RODRIGO.

Yo venia á despedirme.

D. CLEMENTE.

¡Cómo me irrita esa flema! *á Inés.*
No crei llegase á tanto
Su rematada insolencia.

RODRIGO.

Sepa Usted que á Barcelona
Tengo mi marcha dispuesta,
Y he juzgado que seria
Desatencion muy grosera
Este impensado viage
Emprender á la francesa,
Y sin antes ofrecerme

A quien me honró con su mesa.

INÉS.

¿De quando acá tan cumplido?
Vete pronto á donde quieras.

RODRIGO.

No sé si las Catalanas
Serán tambien bachilleras...
Ah... dame tu guitarrilla,
Ya que no sabes tañerla,
Y á mí me puede servir
De escelente compañera...

ESCENA XIV.

NARCISA y DICHOS.

NARCISA.

¿Doña Inés se marcha al verme?
Vaya, que está muy atenta;
Mas como quiera, se engaña
Muy mucho, si en busca de ella
Se imagina que he venido.

INÉS yendose.

Señora, yo en la presencia
De quien insultó á mi primo
He de estar siempre violenta.

NARCISA.

Nada importa; Don Rodrigo
Es quien á mí me interesa,

Por lo que sabe muy bien;
Y en vano escaparse intenta.
Atravesándosele delante.

D. CLEMENTE.

Déjelo Usted que se marche
Quanto antes, sin pasar pena
Por lo demas, que yo me hago
Responsable de esa deuda;
Y veremos.

NARCISA.

Pues entónces,
Que se vaya enhorabuena.
Vase Rodrigo.

ESCENA XV.

D. CLEMENTE y NARCISA.

NARCISA.

Yo supe que disponia
Su viage á toda priesa...

D. CLEMENTE.

Eso me estaba diciendo.

NARCISA.

¿Y no usó de mas cautela?...
Que sé yo lo que malicio.

D. CLEMENTE.

Malicie Usted lo que quiera,
Mas aquí de su partida
Hizo él gala y chanzoneta.

NARCISA.

Yo creí, que la llevara
Con sigilo por vengüenza,
Y temor de que sus muchos
Acrêdores le embistieran,
Antes de irse.

D. CLEMENTE.

¿Y tantos son?

NARCISA.

Infinitos; las juguescas
Lo tienen lleno de empeños.

D. CLEMENTE.

¡Qué tantos mozos se pierdan
A manos de la canalla
Que los garitos freqüenta!
Sin duda los presidiarios
Sobrarán en Cartagena,
Quando de toda esa gente
No han hecho ya una gran cuerda.
¿No habia de estar mejor
Arrastrando su cadena
Que estafando en las ciudades?
Solo espero que me vengan
A pedir ese dinero
Para incluirlo en la cuenta
De su Padre. Con Usted
No corre la misma regla.

NARCISA.

No Señor, que los recibos

Están aquí de su letra.

D. CLEMENTE.

¡De su letra! no sabemos
Si es fingida ó verdadera;
Pero en fin descanse Usted
Que se dará providencia.

Asoman Gonzalo y Leandro acalorados.

NARCISA á Leandro.

Don Leandro, esta venida
Solo ha sido por mi deuda. *Vase.*

LEANDRO mirándola.

Si vuelve otra vez, cometo
Un desafuero con ella.

ESCENA ULTIMA.

INÉS, D. CLEMENTE, GONZALO y LEANDRO.

INÉS.

¿Y Rodrigo?

GONZALO.

En busca de él
Hemos ido á competencia,
Y al volvernos aburridos
Lo hemos hallado aquí cerca.
El conoció mi ademán
Y se metió en una puerta,
Pero allí mismo llevó
Una correccion fraterna,

Que á mi ver le ha de quedar
Bien impresa en la cabeza;
Y aun no senté mas la mano
Por temor de que dijera,
Que siendo dos contra él solo
Nos valimos de la fuerza.

LEANDRO.

Por ese mismo reparo
Me mantuve yo por fuera,
Pues iba bien deseoso
De entrar con él en refriega.

D. CLEMENTE.

No me contento con eso,
Que he de hacer que lo detengan;
Y si consigue marcharse,
Tomando antes la anúencia
De su Padre, he de pedir
Que en Barcelona le prendan,
Y algunos meses cerrado
En un castillo le tengan;
Pues ya que por este medio
No se consiga su enmienda,
Se evitará por lo menos
Que otras maldades cometa.

GONZALO.

Merece eso y mucho mas;
Pero ahora á mí me resta
Disculparme con Ustedes
Del mejor modo que pueda

Por mis necios arrebatos;
Debidos sí á la vêmencia...

INÉS.

Baste ya, Gonzalo, baste;
Y estraño mucho no sepas
Que los hombres mas violentos
Son los de mejores prendas.
No cabe en ellos ficcion,
Y el verla en otros los llena
De indignacion impetuosa
Que los arrastra y los ciega.
Leandro es el pesaroso,
Porque teniendo ya puesta
Su inclinacion en Narcisa,
Ha sufrido la vergüenza
De que lo haya desechado,
Aquí en pública palestra.

GONZALO.

Muy poco debe pesarle,
Segun las noticias ciertas
Que me han dado de esa dama.
Además, su edad aun tierna
Para escoger el partido
Que mas le quadre, da espera.
Y entretanto, Inés, ya es hora
De que unamos nuestras diestras.

INÉS.

Y tras tantos contratiempos;
¡Cómo el alma se embelesa

¡Al lograr su ansiada dicha!

GONZALO.

Mi pasion se lisongea
De que el Señor Don Clemente
Esta union gustoso aprueba.

D. CLEMENTE.

¿Quién lo duda? la corona
Mas digna de tantas prendas,
Es que podais para siempre
Enlazar las almas vuestras.
Bien se vé que la virtud
Halla al fin su recompensa,
Y quien se aparta del órden,
Por mas que esté siempre alerta,
Da al través en los escollos
Que de continuo le cercan.

FIN.

Se hallarán en las Librerías de Gomez y de Castillo las demas obras del Autor, á saber:

Poesías varias 1.ª *y* 2.ª *parte.*

La 3.ª saldrá muy en breve.

El Cariño Perfecto, ú Alfonso y Serafina: novela original.

Ensayo de traducciones, que comprende la Germania, el Agrícola y varios trozos de Tácito y de Salustio.

Las Odas de Horacio con un comentario crítico en castellano.

RARE BOOK
COLLECTION

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL

PQ6217
.T445
v.48
no.44